

una victoria sobre los florentinos que se habían adelantado a combatirlo, vió por falta de dinero abandonarlo sus tropas, compradas por el dinero florentino. Apoderóse nuevamente de Roma y cuando los florentinos se disponían a quitársela, fué atacado de una terrible enfermedad que se manifestaba por violentos ataques de rabia. En uno de éstos falleció.

Le sucede Juana II, mujer de bajas pasiones que fué quizá la peor de todos los que ocuparon el poder en Nápoles. Su marido Jacobo II, queriendo apoderarse del poder, la encerró en una prisión, pero revoltado el pueblo, restableció a su reina; gobierna entonces su favorito Caracciolo; Attendolo Sforza, su enemigo, invitó a Luis III hijo de Luis II a reivindicar sus derechos lo que éste con su ayuda hizo, pero en contra de ellos se levantaron Braccio de Montone, el famoso *condottiere* y Alfonso de Aragón — quien había sido adoptado por Juana II, Sforza y Luis III — perdieron la partida, pero de todos modos no le dió provecho a Caracciolo porque cansado Alfonso de su insolencia los apresó y mató.

Bajo el reinado de esta reina, se acentúan los desórdenes que promovían los barones y que vamos a analizar más adelante. Por otra parte, esta reina depravada, había juntado en su corte la peor clase de gente que se puede imaginar, cortesanos serviles, intrigantes, en una palabra, gente de la peor calaña. Como lo hemos indicado, esta reina había adoptado para sucederle a Alfonso de Aragón, pero no tuvo reparo en llamar también a la sucesión a Renato de Lorena; este último, fué ayudado por Eugenio IV, duque de Milán, en sus pretensiones. De ahí que hubo una larga y cruenta guerra entre los dos pretendientes, de la cual salió vencedor Alfonso, que ocupó a Nápoles en 1442, es-

tableciéndose así la dinastía de Aragón en esa parte de Italia.

Dejemos un momento a Nápoles, para dilucidar la situación de Sicilia. Con Renato que Juana había designado como heredero (1296) se extingue la primera casa de Anjou, cuando este rey fallece a los 64 años. Esta isla que había sido dada a Federico III de Aragón, fué defendida por él de los Anjou. La casa de Anjou se había apoyado en los nobles lo que hizo que éstos tomaron gran importancia en la política de la isla. Todos los magistrados eran nobles. Federico, para subsanar esta prepotencia organizó los municipios en forma que se opusieran a los avances de los nobles. Tuvo Federico ciertas dificultades en procurarse dinero porque Jaime de Aragón había eximido muchas cargas a los sicilianos para granjearse sus simpatías. Recurrió entonces a los votos del parlamento para conseguirlos. Este parlamento, se componía entonces de los nobles, el clero y los representantes de los municipios, el parlamento obligó al clero a pagar impuestos sobre todos los bienes que no estuvieron exclusivamente destinados al culto. Es, pues, notable esta organización monárquica que dió Federico a Sicilia. Pero, desgraciadamente, los nobles fueron los que promovieron los desórdenes.

El desorden se acentúa bajo Federico el Simple. Aprovechándose de esa debilidad interna de Sicilia pretendieron los reyes de Nápoles apoderarse de ella, pero fueron rechazados por los señores.

Es bajo el siguiente rey, Martín de Aragón, que sucedió a su sobrino Pedro, que se había casado con la heredera de

Federico III, cuando ambos fallecieron, que se inicia la servidumbre de Sicilia a España; en calidad de simple provincia de aquellos reyes. Los nobles recrudecen sus discordias. Dos son las familias que se disputan la supremacía, la de Chiaramonte, adicta a los italianos, y la de Alagona a los españoles. Pero había, además, los partidos latinos y catalanes, que contribuían a aumentar el desorden. Los nobles seguían haciendo desórdenes y Martín quiso reprimirlos, pero ellos se unieron en Castronovo y Martín tuvo que acceder a sus pretensiones.

Cuando Alfonso el Magnánimo ocupó a Nápoles, pretendió también hacer lo mismo con la Sicilia, diciéndose heredero de Juana II; pero Renato, el hermano de Luis III, tenía el mismo título. Alfonso atacó, pues, a Renato, la flota de Felipe María Visconti, que dirigía las operaciones en contra de este monarca español, consiguió vencerle y Alfonso fué llevado prisionero a Milán. Pero Visconti le proporcionó después los medios de recobrar sus dominios. Fué desde entonces, y más, bajo el reinado de Fernando I, que la Sicilia llegó a esa condición subordinada.

Vamos ahora a examinar el reinado de Alfonso de Aragón. Este rey, como dijimos, fué el introductor de los españoles en la vida italiana; pero no significa esto que fueron los españoles de su corte los primeros habitantes de la península ibérica que se mezclaron a los negocios italianos. Efectivamente, las intervenciones primeras que encontramos, son las de los catalanes y de los aragoneses de Pedro de Aragón.

En 1157 los reyes de Aragón, se habían coronado en España, habiendo sido antes de tomar ese título, condes de Barcelona. Varios fueron los tratados que firmaron los bar-

celoneses con las repúblicas italianas, así ya en 1127 se aliaron a los genoveses para disputar a Pisa privilegio y exenciones, y en 1265 firmaron tratado con los genoveses y los pisanos para excluir a los demás italianos de las relaciones comerciales. Pedro de Aragón se preparó a la conquista de Túnez, lo que hizo ayudado por los sicilianos, y desde entonces se fusionaron los catalanes con los sicilianos.

Debido a esta potencia de los reyes de Aragón, los genoveses se tornaron en contra de ellos y ya vimos cómo fué aprisionado Alfonso por los genoveses. Pero de cualquier suerte, la influencia catalana estaba asentada en Sicilia. Los catalanes, además de comerciantes, eran piratas, y en parte por esto y también por las rivalidades entre catalanes e italianos, se explica la fama poco envidiable que adquirieron los catalanes. Eran excesivamente amantes del lucro y se les motejaba de avaros. Nos basta recordar algunos refranes que todavía circulan en Sicilia para darnos cuenta de esa fama : « Dios te guarde del cepo catalán », y también : « Dios te guarde del viejo catalán. »

Alfonso tuvo entonces un gran papel en Italia, y especialmente si lo consideramos en relación con España, pues se le reconoce el haber familiarizado a los españoles con el humanismo italiano, y la historia lo considera como uno de los principales impulsores del Renacimiento. Aunque se italianizó bastante, no llegó nunca a dominar el italiano, debido principalmente a que su reinado en Italia lo hizo siendo ya hombre maduro. Pero aun así se le consideró en Italia más bien como italiano que como extranjero. Era muy amante de las letras, y en su corte acogió a todos los literatos y artistas que solicitaron su protección. Propiamente no era un literato, pero le agradaba muchísimo todo lo que fuera arte y tenía especial predilección por los escri-

tores de la antigüedad. Dice su panegirista Panermita, que le curó de una enfermedad leyéndole un trozo de Quinto Curcio. También se dice que concluyó la paz con Cosme de Médicis porque éste le había enviado un hermoso ejemplar de Tito Livio.

Una anécdota que fué célebre en Italia y en los demás países, y que revela bien su carácter, fué aquella que decía que mientras escuchaba un discurso del florentino Gianozzo Manetti, absorto y sólo pensando en el orador, se posó una mosca sobre su nariz en lo cual no reparó.

Era Alfonso de Aragón de un carácter extremadamente religioso; en cuanto veía en la calle al Sacramento, descendía de caballo y lo seguía hasta la casa de los enfermos, y el Jueves santo lavaba ante la corte y los embajadores los pies a doce pobres.

Se reprocha a la corte española el haber introducido un régimen particular en Nápoles. Se le achaca la influencia del feudalismo. Alfonso, que procedía de España — país muy feudal — acrecentó el poder de los nobles y barones, aunque es cierto que lo hacía con la intención de que los nobles estuviesen bien dispuestos para reconocer como sucesor a su hijo bastardo Fernando. La realidad defraudó sus miras, pues lejos de ser un apoyo para su hijo, los barones nunca le acataron, y finalmente fueron ellos la causa de la expedición de Carlos VIII. También se debe a Alfonso la introducción en Nápoles de la llamada « mesta » en Aragón, que consistía en la unión del vínculo de la tierra con el uso de los pestos.

Alfonso como político no fué persona de mucho alcance. Su exagerado amor a los estudios le hizo menospreciar los intereses del reino. Para mantener a todos los favoritos que pululaban en su corte, recargó de impuestos al pueblo napolitano; los edificios que hizo construir también contri-

buyeron a ese empobrecimiento. A pesar de estos defectos que señalamos, fué amado por su pueblo. Era de un carácter afable y conversaba con todos; siempre paseó entre el pueblo sin guardia alguna, considerándose como un padre de familia.

Alfonso de Aragón murió en 1458. Dejó a su hermano el reino de Sicilia y la Cerdeña, y a su hijo natural Ferrante o Ferrante, como se le llamó en Italia, el reino de Nápoles.

Ferrante (1458-1494), en nada se parecía a su padre, y no encontramos en él el amor al estudio que había caracterizado a aquél. Tuvo dificultades para entrar en posesión de los dominios que le había dejado su padre. Tuvo que luchar contra los barones, y por otra parte el papa Calixto III, que todo lo debía a Alfonso, en vez de ayudarle a recuperar sus dominios, declaró extinguida la dinastía de Aragón en Nápoles y que este reino correspondía a la Santa Sede. Ferrante, después de luchas largas, consiguió finalmente rehacer totalmente su reino en 1464. Tuvo en 1485 que sostener nuevamente una lucha contra los barones, y esto nos demuestra que durante su estada en Nápoles Ferrante se comportó como un tirano. Ayudado por su tesorero Francisco Coppola — hombre habilísimo en hallar recursos financieros — y sus ministros Antonello Petrucci y Juan Pontano, supo mantener su reputación en Italia y en el extranjero. Conseguido el poder, se dedicó a satisfacer su venganza, y a pesar de reinar como un tirano, no consiguió dejar nada estable en Nápoles.

Fallecido Ferrante, subió su hijo el duque de Calabria, Alfonso. Sobrevino en ese momento la expedición de Carlos VIII a Nápoles. El rey de Francia entró en Nápoles

el 22 de febrero de 1495, y sabemos cómo terminó esa audaz e inconsulta expedición. Meses más tarde volvió la casa de Aragón a Nápoles, mediante Ferrante II hijo del duque Alfonso. Este señor poco tiempo tuvo el poder en sus manos, pues consumido por sus propios excesos, falleció en 1496 a la temprana edad de 27 años.

Sigue, sin embargo, la casa de Aragón en el poder. Asumió el mando Federico, tío de Ferrante II. Este Federico no era de un carácter como lo necesitaba el gobierno de Nápoles para mantener el orden; las invasiones francesas vinieron a complicar más aun el desorden. Federico había rechazado la propuesta de Alejandro VI de dar su hija en matrimonio a César Borgia, diciendo que prefería perder su reino antes que tener parentesco con un prelado, bastardo de un prelado, y en el mismo año accedió a esas proposiciones de matrimonio, casando a Alfonso con Lucrecia Borgia, hija de Alejandro VI y célebre por sus lúbricas hazañas.

Las invasiones francesas que se producen poco después en 1501, hacen perder el trono a ese rey. Desde ese momento y de acuerdo a ese período de guerras de extranjeros en Italia, Nápoles parece una presa que se disputan franceses y españoles. Nápoles quedó siempre unida a la casa española y muchas veces fué gobernada por un virrey de Nápoles. Participaron además estos gobernantes en las luchas de Italia, como se verá en la liga de Cambrai, la política de Julio II y la de León X.

Concretando las características del reino de Nápoles bajo la casa de Aragón, diremos que sus peculiaridades le hacen inconfundible con los demás estados italianos. Aunque en forma adulterada, seguía rigiendo el sistema feudal. No

había ni siquiera el remedio de las libertades municipales que simulaban los habitantes con sus guerras de partido. Los grandes feudatarios arruinaban a sus vasallos con toda la ignorancia que los nuevos conocimientos comerciales o industriales les inspiraban. El rey, feudatario y tributario también de la Santa Sede, era dueño de Nápoles y de sus castillos, pero en cuanto a lo demás, el poder estaba en manos de los distintos príncipes que actuaban en Nápoles.

Examinaremos antes de terminar con la historia y las características del reino de Nápoles, la influencia española no sólo en Nápoles sino también en toda Italia. Esta influencia, como ya lo dijimos, se introdujo en primer lugar en Nápoles, luego se esparce por Italia; pero no fué sólo por Nápoles que se introdujeron en la península costumbres españolas, sino también en Roma por los Borgias, que eran de origen español.

En Roma, en efecto, bajo los Borgias se nota un gran recrudescimiento de las cosas españolas. El primer pontífice de la familia Borgia — Borja en español — fué Alfonso Borgia con el nombre de Calixto III. Este Papa trae a Roma a muchos españoles, y entre ellos a Rodrigo Borgia, su sobrino. Este fué quien le sucedió con el nombre de Alejandro VI. También contribuye a la obra de estos dos pontífices, César Borgia.

Galateo conocía perfectamente a la corte de la casa de Aragón, porque había estado mucho tiempo en ella. Era fiel a la casa de Aragón, pero por Aragón entendía ser italiano o napolitano, es decir, fiel a la dinastía que se había hecho italiana. Después, cuando Nápoles dejó de ser exclusivamente de esa rama para pasar a manos de los reyes de España, Galateo tuvo también ocasión de ver el carácter de los españoles.

Galateo nos pinta a los españoles con los peores rasgos. No sólo su animadversión se manifiesta hacia los españoles, sino también a los franceses. Pero acepta como mejores a los franceses. Repite Galateo el dicho de que « Dios hizo a los pueblos del aceite y a los españoles y franceses de la hez que despide el aceite ». Pero en su escrito *De educatione*, es contra los españoles que se desencadena. Esta opinión de la mala reputación de los franceses no es el único en tenerla. Maquiavelo también establece ciertas diferencias entre franceses y españoles, pues dice « es propio de los franceses codiciar el bien ajeno y ser pródigo de él, al mismo tiempo que del suyo. El francés robará, pues, con su aliento para comer, para derrochar lo que robe y para gozar de ello con aquel mismo a quien haya robado. El natural del español es en un todo opuesto; jamás volveréis a ver lo que os haya quitado ».

Exponemos la ideas de Galateo, pero no hay que olvidar el prejuicio que tiene contra los españoles, por más que la mayor parte de lo que dice es cierto. El rasgo principal que hace notar en los españoles es el espíritu completamente opuesto al de los italianos en materia de arte y letras.

Consideraban los nobles españoles que el culto de las letras era incompatible con la hidalguía, y que el latín era propio de plebeyos y rústicos. Nosotros ya vimos que Alfonso de Aragón trató de inculcar la cultura a sus caballeros, que efectivamente manifestaban el más profundo desdén por los estudios. Los españoles eran ceremoniosos al extremo, y muy disciplinados en la vida de amor. En esto es indudable que sobresalían los españoles. Valencia tuvo fama en toda Italia de ciudad galante. Esta fama subsistió aún en el siglo XVI, y Ariosto, describiendo los amores de un personaje de sus obras, nos dice de él que

parece estar avezado a tratar con valencianas. Todas estas habilidades de amor producen según Galateo un cuidado femenino en los hombres : unguentos, perfumes, etc. Y esto mismo, dice, se revela en su poesía, que es afeminada y lánguida. Basta considerar, según él, la educación que daban los españoles a sus hijos para convencerse de su capuloso carácter. Mandaban los nobles a sus hijos a servir a nobles de menor rango entre todos los bribones que abundaban. En esa educación se consideraba muy importante la habilidad en engañar, en robar, en pedir dinero, etc. Dice también ese autor que a los españoles se debe el uso de títulos que se introdujo en Italia, como : « Majestad » y « Excelencia », « Vuestra señoría », etc.

Examinaremos ahora, después de haber expuesto la síntesis de las ideas de ese autor, los usos y costumbres que a raíz de la permanencia de los españoles en Nápoles y en Italia, se implantaron en las repúblicas italianas.

Los españoles, como se ha dicho, se distinguían por su galantería. Y aunque el italiano del Renacimiento dedica una enorme atención al amor, es evidente que no lo hacía en la forma tan ceremoniosa como el español. Los españoles, desde luego, se creían maestros en el arte de las lides amorosas, y no dejemos de mencionar su carácter ampuloso y la creencia de su superioridad. Las comedias no tardaron en ridiculizar a este tipo de español enamorado y engreído. En una comedia llamada *Los engañados*, aparece el español Julio que tiene amores con una criada con la esperanza de que ésta le surta de los elementos necesarios para el vestir, robándolos a su patrón. Pero este mísero siempre habla de los amores que tiene con varias damas de linaje. La criada le da una cita, y lleno el español de seguridad, exclama : « ¡Harta gana que tiene de ser conmigo! ¡Ya sabe la maldita cuánto valen

los españoles en las cosas de las mujeres! ¡Oh, cómo se holgan de nosotros estas putas italianas!»

Este tipo de español llega a ser de fama, así también como el tipo de español perfumado, afeminado y mujeriego. Es una verdadera oposición del donjuanismo. Aretino nos describe un español atildado, oloroso, repugnante, y otro autor nos habla de una que, a cada dos por tres, bien a caballo, bien a pie, se hacía limpiar las calzas por un servidor, no consintiendo encima del traje la más pequeña mota.

El español, desde luego, era amplio en sus relatos; sus hazañas, que repetía y engrandecía a saciedad, y hasta el más descalabrado soldado pretendía se le tratase como a un señor. La palabra «españolada» quedó para indicar al individuo jactancioso, y las «napolitanerías» significan lo mismo. Los napolitanos eran igualados en estos caracteres a los españoles.

También debe reconocerse la afición de los ibéricos a emplear exageradamente los títulos. Hasta las cortesanas ambicionaron el título de señoras. Emplean, pues, palabras como «Señora», «Excelencia», «Magnificencia», «Reverencia», etc. No hay, sin embargo, que achacar a los españoles solamente la introducción de todas estas fórmulas, porque los franceses también contribuyeron a ello.

Se achaca también a los españoles la costumbre de las meretrices en Roma e Italia. Bajo otros aspectos podríamos también considerar a los españoles, bajo sus aspectos militares como religiosos, pero esto nos llevaría demasiado lejos. Lo esencial para nuestro estudio es conocer a grandes rasgos la influencia que los españoles tuvieron en Nápoles y en Italia. Esta influencia, no sólo se manifestó en las costumbres que acabamos de mencionar, sino también en las letras y los hábitos de las poblaciones. La lengua española

era cultivada en Italia y numerosos fueron los literatos que redactaron obras en ese idioma.

Entre algunas de las costumbres más prominentes, típicas de España que vemos en Italia, tenemos las corridas de toros y el juego de cañas.

En Nápoles, españoles y napolitanos se entendieron bien al final de cierto tiempo. Los italianos reconocían el valor guerrero de los españoles, admirando especialmente la eficacia de su infantería. Poco a poco los italianos se acostumbraron a los modos guerreros de los españoles. Es también evidente que el espectáculo de luchas con ejércitos extranjeros bien organizados, tuvo su influencia en Italia.

Estado Pontificio

El Estado pontificio, están unánimes en reconocerlo los historiadores, ha debido la formación de su territorio temporal a causas excepcionales. Esta cuestión de saber si el Papa ha de tener o no poder temporal, fué discutida en el concilio de Basilea y prevaleció la opinión de que, sin territorio, el vicario de Jesucristo no sería más que un servidor de los demás gobernantes.

Y esto era efectivamente así; la antigua unidad espiritual de la Edad media era ya imposible con la constitución de los grandes reinos, porque ya no se podía hablar de influencia absoluta en ellos. Las aventuras, por otra parte, sufridas por los papas en aquella famosa servidumbre de Aviñón, les hizo comprender la necesidad de adquirir poder temporal.

Consideremos ahora cuál era el estado del territorio de Roma en la época en que los papas se deciden a adquirir dominios para establecer en ellos su autoridad administra-

tiva y política. El Estado de Roma nunca pudo compararse en prosperidad a otras ciudades como las de Venecia o Génova, que tenían facilidad para el comercio, u otras ciudades que tenían regiones aptas para ciertos cultivos; el Estado romano no era, pues, rico de por sí. Esto es considerándolo económicamente; ahora, políticamente, estaba peor aun. En esos territorios romanos, unas cuantas familias eran las que mandaban a la manera de príncipes exclusivos, y entre ellas las principales eran los Orsini y los Colonna. El papa tenía algunas ciudades bajo su dominio, como ser Boloña, Urbino, etc.; pero éstas se habían constituido en forma de repúblicas que se gobernaban por sí mismas sin intervención del pontífice.

El primer papa que puso manos a la obra iniciada, es decir, de adquirir poder temporal, fué Inocencio VI (1352-62), que, ayudado por el cardenal Albornoz, sometió buena parte de territorios; aunque ese sometimiento era más bien nominal, pues consistía esencialmente en que las ciudades sometidas reconociesen la supremacía del papa.

Pero el verdadero objeto era cambiar su función política en administrativa, sin lo cual no tendrían poder temporal.

El segundo papa que sigue esta vía trazada por Inocencio VI, es Martino V, perteneciente a la familia de los Colonna. Elegido en 1477 por el concilio de Constanza. Desde entonces, los papas, que han adquirido poder temporal, parecen ocuparse más de asuntos políticos que religiosos y adoptan el sistema de otros tiranos. Es aquí que aparece el llamado nepotismo, nombre que indica la política escandalosa de los papas de dar a sus hijos y deudos todos los cargos de confianza y remunerados. Este nepotismo tan criticado, tiene sin embargo sus atenuantes; los papas eran

elegidos a una edad generalmente avanzada, y muchas veces no tenían amigos en la ciudad eterna, en la cual iban a asumir la tiara; de allí, pues, que tratasen de rodearse de personas de confianza y se inclinasen a favorecer a sus hijos y parientes.

Martino V entró en Roma en 1420, con ayuda de la reina Juana de Nápoles, consiguiendo que esta reina hiciese que Ladislao le devolviese Roma, que había tomado. Después recobró Perugia a Braccio de Montone y otras varias ciudades a los tiranos. Apoyándose en los Colonna, Martino V tuvo una política bastante capciosa; efectivamente, en primer lugar apoyó a Juana II, después llamó a combatirle a Luis de Anjou, y después, por fin, a Alfonso de Aragón, que fué el que definitivamente se estableció en Nápoles.

A pesar de ocuparse de los asuntos de otros estados, su reinado fué excelente para Roma, pues consiguió restablecer el orden.

Murió el 20 de febrero de 1431.

Ciñe entonces la tiara Eugenio IV, que se apoyó en los Orsini, al contrario de su antecesor que era un Colonna. Estas dos familias, es bueno decirlo, fueron la causa principal de los desórdenes que siempre hubo en Roma.

En tiempo de Martino V, muchos capitanes y tiranos habían sido rechazados; pero recobraron cierta fuerza bajo Eugenio IV y éste tuvo que huir a Florencia. Mandó entonces a reconquistar a Roma al cardenal Vitelleschi, y éste, poniendo en sangre la campaña romana, consiguió su objeto. Conseguida la victoria, pretendió Eugenio IV substituirlo por Scarampo, y como Vitelleschi se resistió, lo hizo herir y lo aprisionó en el castillo de Sant'Angelo.

Este papa murió en 1447.

Viene después el papa Tomaso Parentucelli o Nicolás V, uno de los papas que, al decir de los historiadores, fué digno.

Este papa se dice que fué elegido por su erudición; puede decirse que más que un papa religioso-político, fué un papa literario. Había concebido este papa la idea de hacer de Roma un lugar de cultura que superase a cualquier otro. No reparaba en las ideas o en la calidad de quien fuese para llamarlo a su corte, siempre que fuese erudito. La biblioteca del Vaticano, que fué fundada por él, reunió sus dos mil volúmenes, y varios traductores fueron llamados a la corte para los escritos en latín y en griego.

Pero considerándolo políticamente, no fué mayormente notable; trató a sus súbditos en forma tiránica. Durante su pontificado hubo una tentativa de revolución en Roma, encabezada por un noble romano llamado Esteban Forcari. Pero fué descubierta la conspiración y ahorcado este hombre, que pretendía establecer la república en Roma. Admitiendo que el pontificado de este papa no haya sido muy bueno políticamente, no hay que dejar en el olvido que hizo transformar el aspecto de Roma por los monumentos y edificios que mandó levantar. Falleció este papa el 24 de marzo de 1455.

Llega entonces al poder pontifical el primero de los Borgias, Calixto III, que ascendió al poder a la edad de setenta años y que había pertenecido al clero español, que nunca fué bien disciplinado. Adquiere con él gran impulso el nepotismo, a tal punto que las exageraciones en las cuales incurrió en este sentido, obligaron a declarar al cónclave que no podría el papa sin el asentimiento de los cardenales hacer la paz o la guerra, enajenar tierras del

papado, conceder cardenalados u obispados y transferir la Santa Sede de Roma.

Este papá llamó a los españoles a Roma, de acuerdo con la idea que siempre cultivaban los Borgia de tener cerca de ellos sus compatriotas de origen. Llegaron a Roma una gran cantidad de aventureros españoles, canallas, etc., y con tales elementos no tardó en renacer la anarquía en la Ciudad Eterna e irritar profundamente al pueblo contra los extranjeros.

Cuando murió el papa el 6 de agosto de 1457, huyeron los españoles que lograron escapar de la masacre que se había desencadenado en contra de ellos.

Nuevamente ocupa el trono de San Pedro un erudito; este es Eneas Silvio Piccolomini, que toma el nombre de Pío II.

Este papa fué uno de los hombres más prominentes del Renacimiento; uno de los hombres que podemos llamar multilaterales o universales en sus conocimientos. Este papa encontró a Roma anarquizada como consecuencia de la política de Calixto III, y con la ayuda de los aragoneses consiguió restablecerse en ella. Sostuvo enérgicamente su autoridad; autoridad que había combatido cuando aun no era papa. Expidió una bula *Retractacionum*, en la cual, aludiendo a muchas proposiciones que había formulado contra el poder pontificio y especialmente contra Eugenio IV, declaraba que estaba en la índole humana engañarse; que había sostenido, no por obstinación sino por error, aquellas opiniones, y que le importaba retractarlas a fin de que no se atribuyera a Pío II las opiniones de Eneas Silvio Piccolomini.

Este papa tuvo como constante visión de su vida, la idea de una cruzada que se dirigiría hacia Oriente con el

objeto de recuperar la Tierra Santa. Como se ha dicho, este papa era un erudito, y vemos que en el concilio de Mantua, en el cual el papa prohibió bajo pena de excomunión apelar de las decisiones del papa en el futuro concilio tribunal; porque resultaba que todos aquellos a quienes el papa había castigado apelaban al futuro concilio. Se vieron, pues, como decimos, en ese concilio de Mantua muchos más discursos literarios que hechos positivos. Tenía a veces ocurrencias bastante raras. ¡Así, por ejemplo, escribió una carta a Mahomet II pretendiendo convertirlo!

En 1462 volvió nuevamente a su mente la idea de la cruzada con los príncipes cristianos, a raíz del descubrimiento de unas minas de alumbre en Tolza, que le habían aportado nuevas rentas. Esta idea no le abandonó jamás, y este papa murió mirando hacia el Oriente en 1464, recomendando se llevara a cabo esta cruzada. No dejó nada durable en Roma después de su pontificado, a pesar de haber brillado en las letras y la erudición.

En septiembre de 1464 fué elegido papa Pablo II, llamado en la vida privada Pedro Barbo, veneciano. Hombre habilísimo y muy bondadoso, a tal punto, que se le llamó « Nuestra Señora de la Piedad ».

Tres objetivos principales lo ocuparon : el nepotismo, para lo cual hizo anular la decisión ya mencionada del conclave; la cruzada recomendada por Pío II, y por último la derogación de una pragmática que juzgaba atentatoria a su autoridad y prerrogativas.

Este papa está ya cerca de la peor época del papado, aunque no llega a entrar en dicho período. No fué amigo de la restauración del clasicismo literario antiguo; sin embargo, amó las artes y especialmente el dinero. Creía que

era de buen gobierno corromper al pueblo con fiestas, lo cual no dejó de hacerlo. Sin embargo, reportó beneficios a Roma, organizando la justicia, combatiendo las familias revoltosas y recopilando los estatutos romanos. También intervino en los asuntos de otros estados, consiguiendo formar una liga de podestás de Italia para mantener la independencia de cada uno de los estados.

Fué elegido en 1471 Sixto IV, llamado Francisco de Ascola della Rovere. Este fué el único papa que logró tener casi todo el territorio de Roma en sus manos, máxime después de la persecución que se hizo a los Colonna, y por eso pudo hacer frente a sus enemigos. Este papa manifestó un extremado rigor en las guerras que se habían encendido entre los Colonna y los Orsini; no abandonando la vieja idea de la cruzada al Oriente, Sixto IV trató de armar a la cristiandad contra los turcos, consiguiendo quitarles Esmirna y expulsarlos de Otranto.

Este papa no gozó de fama de muy moral y se murmuró acerca de los numerosos mancebos que lo rodeaban. Fué quien dió un enorme impulso al nepotismo; sus sobrinos, los Riaros y los Rovera, vieron llover títulos sobre ellos. Rafael Sansoni fué nombrado cardenal a los diez y siete años; para Jerónimo Riario, fundó Sixto IV el señorío de Imola, y debido a que pretendía engrandecer ese dominio en la Romaña, tuvo que luchar contra los Médicis.

Tuvo una política muy versátil, halagando a Venecia en un principio y después llegando a imponerle el entredicho. Pero de todos modos, su actuación fué funesta para la iglesia.

El pueblo estaba profundamente irritado contra los numerosos favoritos, en favor de los cuales le había gravado

con impuestos exorbitantes. Y cuando Sixto IV murió, el 12 de agosto de 1484, el palacio de sus sobrinos fué saqueado; los Colonna volvieron a Roma y una enorme anarquía se apoderó de la ciudad.

Ocupa entonces el trono pontificio Inocencio VIII, llamado Juan Bautista Cibo, elegido el 29 de agosto de 1484 por medio de la simonía.

Este papa fué de gran actuación en Roma. Venecia consideraba que el clero estaba sometido al gobierno, y por lo tanto era el gobierno que había hecho siempre en esa ciudad los nombramientos; pero este privilegio se lo negó a Venecia Inocencio VIII.

Su intromisión en los asuntos políticos de otros estados, como por ejemplo en Nápoles, en el que combatió al rey Fernando, le llevó a descuidar la política dentro de su propio Estado. Amenazó a Fernando con la restauración de los franceses, y se reinició en Roma la anarquía, porque la familia de los Orsini se declaró a favor del rey de las dos Sicilias, mientras que los Colonna y los Saveli pasaron al lado del papa.

El estado de Roma era lamentable y todas las mañanas se encontraban por las calles cadáveres. Por otra parte, el hijo del papa llamado Franceschetto y los sobrinos del papa tenían almas de usurero; todos trataban de enriquecerse lo más pronto posible, y de cualquier manera que fuese. Establecieron una tarifa para cada asesinato y un abono que garantía la impunidad para dichos actos. Franceschetto, por ejemplo, cobraba ciento cincuenta ducados por cada muerte que se producía.

El papa tenía temor a los Orsini, y para poder sostenerse, llamó a Roma a la peor canalla que había en Italia. En otros tiempos había sido aliado de Venecia y Génova, sostenien-

do a los varones que luchaban contra el rey de Aragón; pero en estos momentos Venecia repudió la alianza y Alfonso de Aragón ocupó la campaña romana. Entonces el papa se vió obligado a pedir la paz, y Ferrante al concederla se comprometió a pagarle un tributo anual y amnistiar a los barones que luchaban contra él; lo que no impidió que una vez regresado vencedor en sus estados, los hiciese degollar.

En contradicción con todos estos descalabros, Inocencio VIII vivía en continuas fiestas; su carácter era más bien liviano y fué el primer papa que reconoció a sus hijos naturales.

Influenciado por su sobrino Francisco Cibo, Inocencio VIII creó una serie de empleos, y los que los compraban a alto precio se indemnizaron traficando con las gracias apostólicas; se ve, pues, que la simonía estaba bien adelantada.

En 1490 el papa sufrió un ataque, del cual parecía que iba a morir; su hijo se apoderó inmediatamente del tesoro de la iglesia y huyó; felizmente pudo ser alcanzado por los cardenales en el camino.

En su afán de encontrar Inocencio VIII una mujer a su hijo, hizo asesinar a Girolamo Riario de Forli para que Franceschetto desposase con la viuda; pero ésta, llamada «Virgo crudelísimo» por un autor, resistió con las armas hasta la llegada de los milaneses, y Franceschetto tuvo que contentarse con la hija de Lorenzo de Médicis.

Inocencio VIII murió el 25 de julio de 1492.

En la noche del 10 al 11 de agosto de 1492, fué electo papa Rodrigo Borgia, que tomó el nombre de Alejandro VI.

Esta elección fué, desde luego, una verdadera compra-venta de votos. Varios eran los candidatos a la silla pon-

tificia; Ascanio Sforza, que era sostenido por el duque de Milán, tenía grandes probabilidades, pero como vió que Julián de la Rovere tenía influencia mayor que la suya, vendió sus votos a Rodrigo Borgia, que era sobrino del antiguo papa Calixto III, que lo había traído a Italia. Fué público en Roma que al día siguiente de la elección se vieron ir a la casa de Ascanio varias mulas cargadas de oro pagando los votos. Rodrigo, al ser electo, salió del conclave echando gritos de triunfo. Con una elección realizada de tal manera, fácilmente puede imaginarse cuál sería el comportamiento del nuevo papa. Roma se había alegrado de la muerte de Inocencio VIII y también se había alegrado de la de Calixto III; ambos habían sido pésimos y difícilmente podía haber creído que se hallaría uno peor más adelante. Sin embargo, pronto los habitantes de Roma desengañáronse de su suposición.

Moralmente, este papa no podía tener ninguna influencia, debido a su vida depravada. De la Vanozza Catanei había tenido siete hijos, y su principal política consistió en casarlos bien, emparentándolos con buenas familias. Cuando la Vanozza hubo pasado cierta edad, dejó de ser atrayente a los ojos de Alejandro VI, aunque siempre la trató como madre de sus hijos; tomando otra amante, que es la Bella Giulia, de nombre Julia Farnesio, de muy poca edad.

La política de Alejandro VI durante su pontificado fué versátil, y otra de sus preocupaciones fué la de engrandecer sus dominios y de establecer su hegemonía en toda Italia, pensando a la vez en libertarla del extranjero. Esta última idea, que podemos calificar de buena y hasta de noble, a pesar de estar en contradicción de los medios comunes empleados por Alejandro IV para realizar sus fines, no prosperó, porque siempre la subordinó a otros

intereses menores, que fueron los de sus hijos predilectos.

Este papa intrigante, tuvo buena parte de responsabilidad en la venida de Carlos VIII. El arribo de Carlos VIII lo había desanimado por completo. Al papa y Alfonso de Nápoles — con los reyes de Nápoles se alió y desalió varias veces — pidieron auxilio a Bajaceto de Turquía. Este les mandó una carta, en la cual les decía que previamente era necesario que muriera su hermano Djem, que desde el tiempo de Inocencio VIII estaba prisionero en Roma, de la manera que encontrase más conveniente Su Santidad. Djem saldría así « de las angustias de esta vida y su alma pasaría a un mundo más feliz ».

Djem, efectivamente, murió mientras estaba con Carlos VIII, « de cosas que no convenían a su estómago », dice el capellán Burcardo.

Después de la batalla de Fornúa, pudo el papa contemplar los resultados de la política en la cual había participado : en Milán, los Sforza convencidos de alta traición; los Médicis, expulsados de Florencia; los aragoneses, deshonrados, y apoderándose España de Nápoles.

Después de la batalla de Fornúa, sólo Roma y Venecia quedaron de pie en Italia. Es entonces que germina en el cerebro de Alejandro VI la idea de una hegemonía en Italia. El estado de Roma era desastroso; además de estar empobrecido, había una verdadera organización feudal en cada una de las familias que poseía territorios. El desorden era mayúsculo y las venganzas horribles. Un caballero de la Umbria estrelló contra la muralla a los hijos de su enemigo, degolló a su mujer encinta y clavó en la puerta a otro niño, como trofeo de venganza.

Entre estos bárbaros acontecimientos, se cita el caso referido por Maquiavelo : Oliverotto, educado por Juan Fo-

gliani, señor de Fermo, su tío, fué a servir a las órdenes de Pablo Vitelli; después de haberse señalado por su valor, escribió a su tío expresándole el deseo de mostrarse a su patria con los honores que merecía. Fogliani le permite ir con cien caballeros, le prepara un solemne recibimiento y le ofrece un gran banquete. En medio del banquete, Oliverotto hizo degollar a su bienhechor y a sus convidados, y después se proclamó señor de Fermo.

En cuanto a Roma, las cosas no marchaban mejor; en ella peleaban a porfía los Orsini, que eran güelfos y que vivían en los barrios del Occidente del Tiber, y los Colonna, que eran gibelinos y que vivían en el Levante de la ciudad. Pensó entonces el papa derrotar a todos estos pequeños señores y establecer su poder; pero después de una serie de maniobras, tuvo que capitular y devolver a los Orsini sus dominios.

Es cuando surge la prominente figura de César Borgia; uno de los hijos de Alejandro VI y de la Venozza. Este Borgia fué quizá el más cruel y corrompido de toda la familia.

Se había casado con Carlota de Albret, hija del rey de Navarra, y además tenía el título de duque de Valentinois; tuvo el apoyo de Luis XII, que le proporcionó soldados y declaró que toda hostilidad dirigida contra el duque la consideraría dirigida contra él mismo. Este individuo ambicioso, cuyo lema era: «César o nada», quería llegar a constituir un dominio independiente en medio de los pequeños príncipes de la Romaña.

Borgia se hizo *condottiere*, y pagando mejor a los soldados, atrajo a su partido a los mercenarios de los Colonna y Orsini, y pudo así conquistar toda la Romaña, excepto Boloña.

Su política era de las más hábiles dentro del concepto de la política de aquella época. Su primer cuidado fué separarse de los Sforza, porque veía la ruína de ellos. Quiso entonces asesinar a su cuñado Juan de Pesaro. Pero éste, advertido a tiempo por Lucrecia, escapó a caballo.

La muerte del hermano de César, Juan, en general es imputada al duque de Valentinois; aunque dice Pastor «que no hay plena luz en lo que se refiere a la muerte del duque». De todos modos, relataremos el hecho como lo hacen los principales historiadores. César no era el mayor de la familia; por eso dedicaba sus actividades para lograr serlo. La noche del 14 de junio de 1497, cenó con su hermano Juan en casa de su madre, la Vanozza, y después de la cena, los dos salieron a caballo dirigiéndose del lado de Ghetto. César llevaba en el anca de su caballo a un enmascarado que desde hacía meses no le quitaba. Luego se separaron los dos hermanos, y el enmascarado siguió a Juan, que no volvió a aparecer en el Vaticano. Sólo se encontró en el lugar a su sirviente herido. El papa, inquieto, hizo activar la búsqueda. La noche del 15, un hombre llamado Slavo contó que acostado en el fondo de una barca, a la altura de Ripeta, vió en la madrugada salir de una callejuela que terminaba en el río, cuatro hombres a pie y uno acaballo llevando un cadáver que luego arrojaron al río. El día 16 se encontró el cadáver del duque de Gandía — Juan Borgia — con nueve heridas en el cuello, en el pecho y en los brazos. La opinión pública acusó de inmediato al asesino. El papa fué muy afectado, o por lo menos pareció serlo, si es que no participó en el asesinato, como se supone, y durante tres días permaneció encerrado sin comer. Luego, en el colegio de cardenales, dijo que si hubiese tenido siete papados los hubiera dado gustoso con tal de conservar la vida de su hijo. En cuanto a

César, nada le dijo; lo envió como delegado al coronamiento del último rey aragonés en Nápoles, Federico, y cuando volvió de su misión, bajó del trono y lo abrazó sin decirle nada.

Parece sufrir un cambio de conducta Alejandro VI; habla a los cardenales y embajadores de reformar la iglesia, y comunica al rey de España que está resuelto a abdicar si es necesario. Pero es en estos momentos que la figura de Alejandro VI desaparece, ante la de su hijo César Borgia, en la historia del Estado pontificio.

César Borgia se valió de todos los medios a su alcance para conseguir su objeto. Se apoderó de Urbino, Siena, Perugia, etc.

Como preveía el fin de la casa de Aragón, convenía a sus proyectos estar relacionado por casamientos con casas reinantes, y entonces hizo herir al esposo de su hermana Lucrecia, Alfonso. Pero como éste no murió, entró en la estancia del herido con don Micheletto, expulsó a Lucrecia y a las mujeres de la pieza, y don Micheletto estranguló al herido. El dolor de Lucrecia fué muy vivo, pero duró muy poco. Se casó por tercera vez con el heredero presunto del duque de Ferrara.

Mientras tanto, en Roma el papa se apoderaba del cardenal Orsini y perseguía a su familia, concluyendo por envenenar al cardenal. Alejandro VI, con un cinismo repugnante, envenenaba para robar; en una ocasión envenenó al cardenal veneciano Michiel, y antes de que se hubiese enfriado el cuerpo entraba en la estancia para revisar los tesoros, que después mostraba al embajador veneciano.

Entre tanto, César era el verdadero déspota de Italia. La Romaña la tenía ya en su poder, lo mismo que el Lacio y el reino de Nápoles; aquí es cuando se produjo aque-

lla traición de los capitanes de César Borgia y que fué resuelta por éste en la forma tan admirada por Maquiavelo. En Sinigaglia, mediante falsedades y astucias, atrajo a Oliverotto, a Vitellozzo, a Pablo y Francisco Orsini, y los hizo asesinar. Esto es lo que llamó Maquiavelo « el divino engaño de Sinigaglia ».

Entre tanto, en Roma Alejandro VI se encarnizaba contra los Orsini.

La hora fatal para los Borgias, se iba acercando. En uno de los envenenamientos que practicaba Alejandro VI, el papa y el duque de Valentinois, por equivocación bebieron el vino envenenado, falleciendo el papa y estando a las puertas de la muerte César Borgia.

Cuando César se restableció, trató de apoderarse del poder, pero acudieron los Orsini y los Colonna para derribarlo; por consejo de los embajadores, se resolvió César a retirarse del escenario de Italia.

El papa sucesor de Alejandro VI, fué Pío III, que sólo ocupó la silla pontifical por el término de veintiséis días.

Siguió a este papa, Julio II, cuya actuación exponemos al tratar de la liga de Cambrai y los acontecimientos posteriores a esa liga.

También podrá verse en ese lugar la historia de los papas posteriores a Julio II, comprendidos en la época que nos ocupa, que fueron : León X y Adriano VI.

Génova

Génova es la república italiana que se hallaba ubicada sobre el golfo del mismo nombre; fué la capital de la Liguria.

Apoderáronse de este territorio los romanos en el año 222 antes de Cristo, adjudicándola a la Gallia Cisalpina. Al derrumbarse el imperio romano de Occidente, Génova cayó en poder de los godos, más tarde en el de los romanos occidentales y luego en el de los longobardos. A estos últimos les arrebataron Génova los franceses en 774, viniendo a ser la capital de un condado que a fines del siglo x pasó a la casa de los Margraves de Este.

El gobierno de Génova, desde fines del siglo xi es ejercido por cónsules electos — ya hemos tenido ocasión de ver cómo los comunes italianos volvían a las instituciones romanas; — a mediados del siglo xii consiguió el pueblo de Génova abolir todos los derechos que tenían los Este sobre su territorio, y vemos a Génova gobernarse por sí misma, sin tener en su política otra sujeción que la del emperador.

En el terreno eclesiástico, Génova estuvo hasta 1133 bajo la jurisdicción del arzobispado de Milán, llegando a ser más tarde elevada al rango de arzobispado.

En 1015, unida a Pisa, arrojó a los duques de Cerdeña, pero pronto la posesión de la misma isla hizo a Génova y a Pisa enemigas. Sin embargo, la supremacía la obtuvo Génova, lo cual ocasionó una guerra entre ambas repúblicas que terminó con la intervención del papa en 1133, cediendo éste a Génova derechos sobre el Norte de Córcega. Vuelve a estallar la guerra y Pisa tuvo que renunciar por completo a sus pretensiones de sobreponerse a Génova. Génova intervino en la guerra de Federico II contra el pontificado, ayudando al primero.

Después de haber destruído la flota pisana en Meloria, Génova quedó dueña de los mares occidentales, sometiendo a la isla de Elba, posesión estratégica para su comercio. Habiendo Génova asentado su poder en el Norte de Africa, se encontró con una enemiga formidable que era Venecia, contra la cual en 1261 ayudó a los paleólogos en su lucha de ruina contra el Imperio latino.

Por estas causas es que se concedió a Génova, además de la libertad de comercio en el Imperio griego, barrios de Constantinopla, Pera y Gálata, fundando los genoveses gran número de factorías en estos lugares y extendiendo notablemente su comercio. Se apoderaron también de Tana (Azof) y Kaffa (Feodosia); se afirmaron en el golfo de Esmirna, así como en las islas de Quío, Samos y Chipre; firmando tratados con Armenia, y en todas partes compitiendo con el comercio veneciano, lo que ocasionó la guerra de Chiggia en 1379, que terminó con la paz de Turín y la derrota de Génova.

En el interior, Génova se debilitaba por las luchas políticas. En 1217 se quitan los cónsules y se establece en el gobierno los podestá elegidos por un año y asesorados por un gran consejo, que resolvía los puntos importantes, y por el pequeño consejo de los ocho, formado por personas elegidas entre los linajes más distinguidos de la ciudad. El parlamento estaba formado por la reunión de todos los príncipes de la «Compagna», o sea de la confederación de los ciudadanos; debía atenerse regularmente a lo resuelto por el podestá y por el consejo, no teniendo para sí mismo un poder político propio.

Génova se había regido siempre como una sociedad mercantil; sus cónsules eran muchas veces elegidos entre el grupo de los comerciantes o industriales, lo que no impidió

que Génova extendiese sus posesiones y aumentase su preponderancia en Italia. Pero tenemos que la administración de la ciudad no pudo quedar confundida con la de los intereses particulares, y así es como se confiaba el gobierno del Estado a jefes anuales distintos de los cónsules mercantiles. Cuando se había formado una campaña, todo el que no se presentase dentro del término de once días a formar parte de ella era inhábil para los empleos públicos; los que no hacían esto, únicamente podían comparecer en justicia cuando fuesen citados y ningún miembro de la compañía podía servirlos ni asistirlos en los tribunales.

Los cuatro cónsules elegidos por el pueblo — en quienes residía la soberanía — no podían hacer la paz ni la guerra sin consentimiento del pueblo, así como tampoco admitir la entrada de mercancías extranjeras.

Como consecuencia de las guerras y la perpetuación de las magistraturas en las familias, se formó una clase noble de ciudadanos que abarcaba los empleos de las ocho compañías en que estaba dividida la ciudad. Esta nobleza hizo nacer intrigas y facciones; desórdenes mal reprimidos por la religión y por los cónsules.

Se recurría también, para formar el consejo de los «clavigieri» (llaveros), guardianes y administradores del tesoro, a la elección de un podestá extranjero y de algunos nobles de la ciudad.

Es dudoso el hecho de que todo el pueblo asistiera al consejo general; se cree que sólo asistían los miembros de las más consideradas compañías, que se reunían en la iglesia de San Lorenzo, no para deliberar, sino para emitir sus pareceres. El consejo de Credenza debía ser menos numeroso y más regular, pues cada barrio tenía un tribunal de justicia.

Génova no estuvo exenta de luchas de partidos, como encontramos en el resto de Italia; en ella encontramos también facciones de güelfos y de gibelinos, que entonces se denominaban enmascarados. Los primeros eran sostenidos por los Fieschi y los Grimaldi, y los segundos por los Doria y los Espínolas; familias todas ellas de grandes fortunas. Como vemos, Génova se iba corrompiendo en su interior. La república se hallaba trastornada y corrompidas sus magistraturas; según el partido que estuviese en el poder, las magistraturas eran güelfas o gibelinas, ocasionando continuas guerras civiles.

Guillermo Bocanegra, era un hombre que pertenecía a los plebeyos y que no obstante fué nombrado « capitano del popolo » por los nobles de la ciudad. Supo lisonjear las pasiones del pueblo y es así como valiéndose de su habilidad, supo conquistar la autoridad suprema. Fué elegido por diez años, asesorado por el Consejo de treinta y dos, hizo fracasar todas las tentativas hechas por los feudatarios para derribarlo, pero una trama urdida por la nobleza le quitó el poder y volvió a establecerse un podestá; es entonces que se inician las luchas más ardientes entre güelfos y gibelinos, que debilitaron a la nobleza.

Creyeron los genoveses evitar estas rivalidades organizando en forma distinta el gran consejo. Cada compañía elegía cincuenta miembros, los que a su vez nombraban los cuatro consejeros urbanos y los Ocho a que ya nos hemos referido. Pero las ambiciones de las familias nobles no dejaron a la ciudad un momento de tranquilidad. Llegó un momento en que pareció que los Espínolas tenían una autoridad absoluta, pero había tantos ambiciosos, que hacían imposible el poder tiránico de uno solo. Fueron derrotados los nobles siendo substituídos por las familias populares de los Adorno y de los Fregoso, pero el pueblo siempre lograba

imponerse y así llegó a establecer en el poder a Simón Bocanegra como *Abbate del popolo* en calidad de dux, desterrando gran parte de la nobleza, si bien la aristocracia conservó aun el derecho de ocupar doce puestos en el consejo del Dux (1351).

La dignidad del Dux fué abolida transitoriamente en 1353, encargándose de la señoría el arzobispo Giovanni Visconti, señor de Milán. Pero en 1356 fué nuevamente elegido Dux Bocanegra y es entonces cuando se excluye a la nobleza del gobierno. Pero no obstante las discordias no cesaron, muere envenenado Bocanegra y le sucede el güelfo Gabriel Adorno — que como hemos visto, pertenecía a una de las familias distinguidas del pueblo — quien fué a su vez derribado en 1370 por el gibelino Doménico de Fregoso; y como no cesaban las contiendas interiores y la república se iba debilitando lentamente a causa de las luchas intestinas y de las guerras con Venecia, es que se puso la soberanía de Génova en manos del rey de Francia Carlos VII en 1396.

Cuando estuvo establecida la dominación francesa, hubo numerosos intentos infructuosos para sacudir ese dominio, pero todos fueron reprimidos enérgicamente por el gobernador francés mariscal Boucicault en 1401. Es durante su gobierno que se formó el Banco de San Jorge — que más tarde veremos — pero desde ya diremos que estaba constituido por ocho consejeros elegidos por los tenedores de la deuda del Estado.

Aprovechando los genoveses la circunstancia de que el duque de Milán hubiese llamado a su auxilio a Boucicault, dieron muerte a todos los franceses que había en la ciudad, nombrando al marquis de Montferrat jefe de Estado, asesorado por un consejo formado por seis nobles populares. Pero este gobierno no pudo durar y fué destituido en 1413,

los partidos actuaron nuevamente en ardientes luchas políticas. Génova entra a luchar con Milán siendo atacada en 1421, por mar y tierra, y siendo derrotados los genoveses, el duque de Fregoso cedió a Felipe María Visconti la soberanía de Génova en la misma forma que antes la había cedido a Francia.

Encontramos a Génova en un período de tranquilidad durante el gobierno del milanés Carmañola; pero al ser libertado por el duque de Milán el rey Alfonso de Aragón, al que habían hecho prisionero los genoveses en 1435, en la batalla de Gaeta; dieron muerte los genoveses al gobernador, arrojando a los milaneses de la ciudad (1436).

Pero es presa nuevamente Génova de luchas internas de partidos y es para poner fin a estas discordias y evitar la completa destrucción de Génova, que se somete nuevamente al rey de Francia, cuyo lugarteniente Juan de Lorena tomó posesión del mando que se le confería en Génova en 1458.

Es en 1464, que Luis XI cede sus derechos sobre Génova al duque de Milán Francisco Sforza, quien se apoderó de la ciudad ayudado por los magnates genoveses. Fueron los Sforza, señores de Génova hasta 1499, fecha en que volvió Génova a ser tributaria de Francia. En 1507 Luis XII castiga severamente una conspiración contra la dominación francesa, y en 1522, las ciudades conquistadas por los imperiales, quienes en virtud de una alianza con Carlos V eligieron dux a Antoniotto Adorno. Francisco I consiguió someter nuevamente a Génova en 1527, pero al año siguiente el almirante genovés Andrés Doria se declaró abiertamente a favor de Carlos V, quien, después de ser evacuada Génova por los franceses, reconoció su independencia y amplió su soberanía a las costas de la Liguria. Doria fué quien reformó la constitución de Génova, rehusó la dignidad de

príncipe que le ofrecía Carlos V, no quiso tampoco ser dux, pero gobernó como tal y mantuvo la paz durante su vida que se extendió hasta 1570.

Génova, conjuntamente con Venecia, eran las dos repúblicas de la península que se destacaban en su industria y en sus operaciones mercantiles. Tanto en un pueblo como en otro, vemos una predisposición en sus habitantes hacia la navegación y no es raro encontrar en ambas, individuos que alternan sus funciones políticas con operaciones mercantiles.

Analizaremos a grandes rasgos la importancia del comercio genovés, que pasó más tarde a manos de su digna competidora, Venecia, después de la derrota sufrida por los genoveses en Chioggia.

Génova poseía las tres grandes vías del comercio del Asia central y de la India; la primera desembocando en el Mar Negro por el Caspio y el Volga; la segunda, en Pogolato y en Aiazso por el golfo Pérsico, Alepo y la Armenia; la tercera en Alejandría por el mar Rojo y el Egipto. Hacía un intercambio por cuantiosos valores con las especias, maderas de tinte y sederías de la China, perfumes de la Arabia así como todas las ricas producciones que podían venderse a precios fabulosos en Europa; de la Inglaterra traía especialmente mineral. Sacaba también una considerable renta de la sal del Mar Negro, del alumbre de Fosea, el almácigo de Chíos que cada año producían a Génova 12.000 escudos de oro.

Para facilitar todas estas operaciones comerciales, encontramos también instituciones bancarias, de descuentos, cambios, montes de piedad y en especial el Banco de San Jorge. La creación de este banco de Génova fué un acontecimiento muy notable. En otros tiempos, esta república te-

nía la costumbre de ceder ciertas rentas a los acreedores del Estado. En 1345, se formó un capítulo con los empleados necesarios y la deuda fué dividida en partes de cien libras, que podían ser vendidas o transferidas. Pero como la percepción de los impuestos estaba a cargo de oficinas diferentes, los gastos en realidad no hacían más que absorber los beneficios. Con el propósito de centralizar y de simplificar esta administración, se confirió todas las funciones a un solo colegio, compuesto de ocho asesores y que se denominó Banco de San Jorge. Estos eran nombrados por los acreedores del Estado, estando obligados a rendir cuenta a cien de ellos solamente. Cada uno de los administradores del Banco de San Jorge, recibía el nombre de cónsul. Todo crédito de ciento se llamaba « lugar » y el acreedor « locatario »; a un cierto número de créditos reunidos bajo una sola cabeza « columnas » y « escrituras » la suma total de los « lugares », que se llamaban montes en Roma, Florencia, Venecia, etc. Producían el 7 por ciento líquido las gabelas afectadas al pago de los « lugares ». Estaban registrados en ocho « cartulario » conforme a los ocho barrios de la ciudad, subdividida en palacios de nobles y casas de los vecinos de la clase media. Ningún billete podía ser puesto en circulación sin su existencia en caja y todos eran pagados a la vista con dinero conservado en las « sacristías », donde muchas personas depositaban sus economías como también las sumas destinadas a los actos de beneficencia pública. La suprema dirección se hallaba confiada, además de los ocho protectores, a ocho miembros de la oficina de los cuarenta y cuatro que había, y cuatro síndicos y dos protectores formaban cada año un consejo de cuatrocientos ochenta locatarios, mitad a la suerte y la otra mitad a elección. Los magistrados superiores de la república juraban no violar dicho banco.

Su crédito se aumentó desde el momento en que la república, no pudiendo bastar a defender a Kaffa contra los turcos y a Córcega contra el rey Alfonso, la cedió al Banco de San Jorge.

Kaffa, en otros tiempos colonia griega, situada en el país de las montañas que guarnecen la extremidad de la Kasaria arruinada, en fin, fué reedificada y fortificada por los genoveses que se hallaban allí como en su patria, y tenían quinientas leguas de puerto nacional para depositar en él sus mercancías y prepararse a la espera de una buena estación.

Venecia fué anudando las relaciones políticas y comerciales del lugar, y los habitantes de la ciudad tuvieron que recibir en su seno, magistrados extranjeros, instituciones y monedas que introducía Venecia, con el pretexto de enseñar la religión civilizadora. Al poco tiempo, adquirió tal importancia Kaffa, que los turcos la denominaron « Constantinopla de la Crimea ». La república, más tarde les cedió el Banco de San Jorge. Anualmente la colonia recibía un canciller o secretario nombrado por Génova. La colonia era representada por un consejo de 24 personas nombradas por elección. Esta asamblea elegía otra fuera de su seno, llamada el pequeño consejo y compuesto de seis miembros. No podía entrar en el primero más de cuatro miembros de la clase media de Kaffa, ni en el segundo más de dos. Aparte de ello, tanto los nobles como los plebeyos, tenían allí sus puestos determinados. El cónsul reunía a su llegada los veinticuatro, prestando juramento en su presencia y se procedía a la renovación del consejo y de los cargos. Dirigía la administración conjuntamente con el concurso de los veinticuatro, sin los cuales no podía cobrar ningún impuesto ni hacer ningún gasto extraordinario. De este modo, el establecimiento de San Jorge fué a la vez